—¿No habeis sospechado nunca, señor doctor, que un crímen se cometia en el castillo de Gordes?

IX

—¡Un crímen!—repitió el doctor estremeciéndose.

—Sí—respondió Genoveva,—un crímen infame y cobarde.... ¡un crímen monstruoso! Se asesina á mi querida ama.

El jóven se puso lívido.

—¡Eso es una locura!—exclamó.

—¡Me habeis prometido no tacharme de loca, señor Máximo!—replicó la doncella.

—Os digo que no creo.... ¿Quién habia de cometer ese crímen?

—No lo sé.

—¿Qué interés habria en cometerlo?

—Lo ignoro.

—¿Por qué medios?

—Por el veneno.

—Reflexionad un poco, Genoveva—repuso

el doctor,—la señora de Gordes no se halla rodeada sino de personas que la aman. El conde, la señorita Renée, vos y yo, velamos sin cesar á su lado. ¿Como podria aproximarse á ella un enemigo, si es que lo tiene, pues me parece imposible? Solo de vuestras manos ó de las de la hermana es de las que recibe todas las medicinas.

—Es verdad.

—De todas estas personas, ¿acusais á alguna?

—¡A ninguna! ¡Que Dios me libre de ello! ¿Como me atreveria á acusarlas? Yo creo en el veneno y nada mas.

—Pero ese veneno—prosiguió el doctor,—¿de donde vendria? ¿Lo sabeis vos?

—¡Oh! En cuanto á eso yo lo sé.

—Decidmelo, pues.

—Señor Máximo, el primer aldeano venido cogerá en los campos, sin engañarse jamas, yerbas que hacen morir; la ruda, la belladona, la cicuta y otras muchas cuyos nombres ignoro.

—Sin duda, pero el médico mas inexperto no se engañaria sobre la naturaleza de un envenenamiento, resultantes de algunas de esas plantas.

—¿Pero acaso no existe en las estufas del castillo plantas, flores y arbustos traidos de largas tierras, y mil veces mas dañinas que las yerbas de nuestros campos?

—Los arbustos y flores de los cuales hablais, son en gran número.

—¿Y los médicos pueden reconocer, al primer golpe de vista, los efectos producidos por esas vegetaciones de los países extraños?

—Convengo que á menos de un estudio especial de la flora de los trópicos no pueden, y que hasta corren el peligro de engañarse con frecuencia.

—¿Ese estudio, señor Máximo, le habeis hecho?

—Nó, os lo confieso, y ni aun tengo á mi disposicion los medios de hacerlo.

—Ademas, un crímen cometido á la sombra de lo que llamais la flora de los trópicos, ¿os sumiria en la duda sobre su orígen?

—Sí, pero ¿qué importa? Sabeis cual yo, Genoveva, que nadie mas que los dueños y servidores del castillo tienen permiso para entrar en los invernaderos; por consiguiente, á menos que acuseis á alguien.....

—Por Dios, señor Máximo—interrumpió Genoveva, yo á nadie acuso.

—Sin embargo, ¿sospechais?

—Aseguro la existencia del crímen, pero no sospecho quién pueda ser su autor.

—Pero esa creencia, ¿es solo instintiva ó está basada sobre algun hecho concreto?

—El hecho concreto existe.

—¿Cual es?

—La señorita Renée y el señor conde se hallan en este momento con mi adorada ama—dijo la doncella por toda contestacion,—¿quereis venir conmigo?

—¿A donde?

—Al invernadero.

—Ya os sigo.

Al oir á Genoveva pronunciar el terrible nombre de crímen, Máximo tornóse pálido, puesto que desde el principio de la conversacion se mostraba excitado por una contraccion nerviosa. Y es que se acordaba que al principio de la enfermedad fué interrogado por Raoul, quien le preguntó qué significaban aquellas alucinaciones nocturnas de la condesa y de qué podrian provenir.

El médico le habia contestado:

—Las causas se me escapan del todo. Los resultados de ciertos casos de envenenamientos ofrecen ciertos síntomas análogos á la crísis de que se trata; existen venenos vegetales que determinan alucinaciones que llegan á conducir á la locura. ¿Admitís la posibilidad de un envenenamiento casual?

—Lo niego formalmente—habia replicado Raoul.—Mi cuñada Renée y yo hemos tomado de todo cual ella; los manjares servidos á

nuestra mesa han sido despues consumidos por los criados.... Nadie ha sufrido.

Máximo se habia dejado convencer por la aparente lógica de aquel razonamiento, y ni una sola vez desde aquella época vino á su imaginacion la idea de un supuesto crímen.

Ahora se reprochaba aquella confianza, y ¡solo Dios sabe con qué amargura!

Una sola frase de Genoveva, acababa de abrir ante él abismos, cuya profundidad aterraba á la imaginacion.

Ignoraba tambien sobre qué bases sólidas reposaban las sospechas de la humilde criada, y ya él se le anticipaba en la via de las siniestras conjeturas. Presentia los móviles de un crímen; entreveía un culpable medio oculto bajo una bruma casi trasparente.

Su memoria evocaba los formidables dramas del tribunal correccional, leidos por él en otros tiempos en la *Gaceta de los Tribunales* cuando estudiaba medicina.

Los héroes de aquellos dramas eran con frecuencia maridos hastiados del lazo conyugal, arrastrados por una pasion adúltera, queriendo hacerse á toda costa libres, y confiaban libertad en el asesinato.

Máximo se acordaba de uno de aquellos criminales, hombre de buena familia, rodeado de afecto universal, reputado médico que parecia

adorar á su mujer, y sin embargo, con su latente hipocresia, hasta llorar con ella, la iba lentamente matando, derramando en ella la muerte gota á gota con una diabólica sangre fria é infernal habilidad.

Aquel miserable habia sabido conquistarse todas las simpatias; se hacia un pedestal de su engañosa pena.

La víspera del dia en que la justicia arrancaba su máscara, se le admiraba y se le compadecia á la vez; es mas, se le consideraba como un héroe del amor conyugal.

Admitiendo el envenenamiento por una sustancia vegetal nociva, los fenómenos hasta entonces incomprensibles de la extraña enfermedad de Juana se iban haciendo cada vez algo explicables.

¿Quien sabe si Raoul de Gordes no seguiria las trazas del infame doctor, cuyo proceso acababa de traer Máximo á su recuerdo?

Esto no era cierto; pero á ciencia fija podia ser posible.

Teniendo en cuenta la perversidad humana, nadie ignora que se llevan á cabo actos monstruosos llevados sin móviles aparentes, puesto que lo inverosímil no existe. Es presiso admitirlo todo. ¡Todo ha sucedido! ¡Todo ha llegado! ¡Todo llegará!

Comprendiendo que una claridad inesperada

iba á despejar para él las tinieblas, el doctor sentia hacerse la luz en él.

—Puede ser—se decia con desesperacion,—puede ser que hayan muerto ante mí á la angelical criatura á quien tanto amaba en silencio.... á la que adoro de hinojos.... y nada he visto.... Si esto es así, mi ceguedad me hace cómplice de su matador.... Sin mi loca y crédula culpabilidad, hubiera podido salvarla.... Pero es demasiado tarde para la salvacion, mas quedará cuando menos la venganza. ¡Juro que la cabeza del asesino rodará por el cadalso!

Interin que Máximo se decia estas cosas, Genoveva, marchando con rápido paso, le habia conducido al jardin de invierno, cuyas maravillas hemos descrito en la segunda parte de esta novela.

Hizo girar sobre sus goznes la puerta vidriera que daba acceso á la planta baja, y se detuvo durante uno ó dos segundos.

La condesita ya sabemos que era adorada por la servidumbre del castillo, tanto por su encantador semblante, cuanto por su gracia y amabilidad.

La gravedad de su enfermedad, el rumor asesorado de su próxima muerte, llevaban al trastorno á todos los espíritus y desorganizaba el servicio.

Nadie se sentia con valor é interés para llevar adelante su obligacion cuotidiana, siendo así que la jóven señora del hogar estaba próxima á morir y cuando la casa iba á hallarse de luto.

Los jardineros habian olvidado ó descuidado abrir las ventanillas para la renovacion del ambiente.

El calor era sofocante; un pesado vapor, desprendiéndose de la grasa tierra y de las templadas macetas, se adaptaba bajo forma de opaca bruma en los cristales de la cúpula. Acres olores vegetales saturaban la atmósfera y la hacian casi irrespirable.

Genoveva se volvió hácia Máximo.

—¿Aspirais esos venenos que se exhalan?—le preguntó ella.—¿Cuanto tiempo se necesitaria para que sucumbiera una persona aquí?.....

—La asfixia no se haria esperar—respondió el doctor.

—Seguid no obstante.... Algunos minutos bastarán para ver lo que deseo enseñaros.

La doncella se entró resueltamente bajo la copa de los arbustos, y por entre las yerbas de las cuales se escapaban los terribles perfumes de las vegetaciones orientales.

Ella condujo sucesivamente á Máximo hácia los *euforbios* de Abisinia, de contestura de espinosa torcida; hácia los *pandanus* de Java, plantas de hojas delgadas y puntiagudas, estria-

das de verde y blanco, y los *tanghin* de Madagascar, de blancos tallos y hojas de boj.

Cerca de cada una se detenia ella, diciendo esta sencilla frase: "¡Mirad!"

Al mismo tiempo ella le hacia ver numerosas incisiones, las mas ya muy antiguas, las otras frescas, y practicadas todas en la corteza con la punta de un cortaplumas.

De estas incisiones se escapaban gotas de sávia, éstas tan trasparentes y viscosas cual la resina, las otras mas opacas y de un blanco leche.

—¿Habeis visto?—preguntó Genoveva.

—Sí,—respondió Máximo.

—¿Creeis que todo esto es debido á la casualidad?

—No solo no lo creo, sino que es hasta imposible.

—¿Os parece evidente, cual á mí, que el practicar esas incisiones es con objeto de dejar destilar el veneno?

—Sin duda—replicó el doctor.—¿Pero será veneno lo que destilan esas incisiones?

—Ahora tendreis la prueba.....

—¿De donde?

—En la biblioteca; seguidme, señor Máximo, que ya nada resta que hacer aquí.

Máximo, antes de abandonar el jardin de invierno, tocó con el extremo del dedo, las mas

frescas de las incisiones del *tanghin* de Madagascar, recogió una lechosa gota, y la puso sobre su lengua. Sintió en el momento mismo una sensacion de intolerable amargura, acompañada de una especie de ardoroso chisporroteo, que se hubirea dicho era producida por un candente hierro.

Empezó á escupir la saliva amarga, y trató de secarse la lengua con su pañuelo; pero la doble sensacion persistió.

Al mismo tiempo, la extremidad de su dedo se ponia templada y dolorosa, y la epidérmis, tocada por la sávia del *tanghin*, se enegrecia cual al contacto de una barrita de nitrato de plata.

—¡Ah! ¡Ciertamente que es veneno!—exclamó,—no tengo nececidad de otra prueba. ¿Como se llama este arbusto?

—¡Ya no me acuerdo!.... Ya vereis su nombre en el volúmen.

—¿Pero en qué vólúmen?

—En el gran volúmen que está allá arriba, con otros muchos semejantes, y que leia el señor conde un dia en que la condesa me encargó que le previniera que habia llegado y que le rogaba bajára; señor, el conde leia aquel libro con gran atencion, cual si deseára aprenderlo de memoria. ¡Ah! es un hermoso y curioso libro. Subí sola mas de una vez para

ojearle á mi gusto. Sin este libro de nada ni de nadie dudaria.

Máximo, cada vez mas agitado, siguió á Genoveva al segundo piso, y franqueó con ella el umbral de la biblioteca.

X

Una gran mesa de ébano que ocupaba la parte central de la biblioteca del castillo de Gordes, veíase atestada de atlas, de albums, y de obras antiguas y modernas de todas clases.

Se veían entre aquellas obras los magníficos volúmenes que Raoul habia hecho traer de Paris para satisfacer una fantasia de su cuñada, ansiosa de estudiar la flora de los trópicos, de cuyas hermosas plantas existian un buen número en el invernadero.

Uno de aquellos volúmenes hallábase abierto, y la perfeccion de las coloreadas *figuradas*, pintadas á la acuarela por especialistas, atraian la atencion.

Genoveva fué derecha á la mesa, tomó el libro, volvió algunas hojas, y poniendo el dedo sobre un gravado, dijo al doctor:

—Mirad, señor. ¡Oh! el retrato es bien idéntico. Yo, que tan solo soy una ignorante mujer, lo he reconocido al primer golpe de vista.

Máximo miró á su vez, reconoció el arbusto cuya corrosiva sávia quemaba aun su lengua y dedo.

Aquello que Genoveva llamaba cándidamente el *retrato*, era la reproduccion exacta cual una fotografía del *tanghin* de Madagascar.

La descripcion detallaba las propiedades tóxicas del arbustillo, indicaba los síntomas característicos del envenenamiento, resultante de su sávia ó de la infusion de sus hojas, é indicaba los medicamentos usados por los naturales de Madagascar para combatir este ponzoñoso veneno.

—¡Ah! igualmente hallareis los demas—replicó Genoveva.—No falta uno solo.

Y volviendo de nuevo las páginas, la doncella hizo ver á Máximo el *euforbio* de Abisinia, *pandanus* de Java, y sucesivamente todos aquellos arbustos que mostraban incisiones.

Todos poseían propiedades terribles, todos ocupaban el primer rango en la jerarquia de los vegetales venenosos.

Máximo se sentia yerto de horror.